

LECTIO



DIVINA

DOMINGO 20º



Ordinario

P. Carlos Pabón Cárdenas, C.M.

CICLO C



PADRES EUDISTAS
PARROQUIA SANTA MÓNICA
CALI - COLOMBIA



La existencia cristiana es una lucha

Ambientación:

El camino de Jesús hacia Jerusalén, acompañado por sus discípulos entre los que van algunas mujeres, avanza en forma decidida. Allí se va a consumir el objetivo de su misión: glorificar al Padre Dios y dar su vida por la salvación del mundo. El Señor, lentamente, va dejando conocer el misterio de su persona.

La Palabra de Dios nos convoca para invitarnos a reavivar en nosotros el compromiso y la responsabilidad profética de la existencia cristiana. El tema de este Domingo es la «*lucha*» que supone el mantenerse firme y fiel a la fe, en el compromiso por la Paz.

1. PREPARACIÓN: Invocación al ESPÍRITU SANTO

*Espíritu Santo, Señor y dador de vida,
ven a iluminar nuestra mente y nuestro corazón,
para que nos acerquemos a escuchar la Palabra
y en ella encontremos la orientación y la fuerza
para renovar nuestro compromiso de fe
y nuestra decidida opción por el Evangelio
de la Vida y de la Paz. Amén.*

2. LECTURA: ¿QUÉ DICE el texto?

Jr. 38, 4-6.8-10: «*Me engendraste hombre de pleitos para todo el país*»

Esta primera lectura subraya el tema del *sufrimiento* inherente a todo profeta -en este caso el típico Jeremías-. Nros recuerda el compromiso dramático de ese gran profeta ante la Palabra de Dios. No vuelve atrás en su misión aun con riesgo de la vida. Hace su *opción definitiva* por Dios y su proyecto salvador por encima de toda consideración.

Las palabras y la predicación del profeta Jeremías molestaron a mucha gente importante y corrompida de su época. Jeremías se hace controvertible. Es acusado por los jefes e ignorado por el rey. En ciertas condiciones anunciar la voluntad de Dios es penoso y controvertible.

Dramática confesión del profeta, que se lamenta de haber nacido, ya que provoca discusiones y peleas. Sus intervenciones no apaciguan los ánimos. Aparece como perturbador y derrotista. El rey Sedecías lo entrega a los acusadores, aun creyéndolo inocente; después lo salva, aunque lo encarcela. Puede verse un paralelismo con la actuación de Jesús y su entrega por Pilatos.

La acción profética va unida con la propia vida, que apoya las palabras. El profeta tiene una ardua empresa: hacer recapacitar al pueblo para que tome conciencia de pueblo elegido. Destino doloroso cuando sólo se confía en Dios. Por eso no se escucha al profeta, cuando se pone la confianza en sí mismo.





Jeremías sufre las consecuencias de la guerra que algunos hombres hacen a Dios. Los mismos miembros del Pueblo de Dios lo tiran al pozo lleno de fango para que muera allí. La misión profética es, para Jeremías, fuente de dificultades innumerables, e incluso de peligro para la propia vida. Lo mismo pasa a los otros profetas de Israel, como le pasa sobre todo a Jesús mismo y a sus apóstoles.

Sal. 40(39): «Señor, date prisa en socorrerme»

La plegaria del salmista parece la expresión de la plegaria de Jeremías en la situación descrita en la primera lectura: «*me levantó de la fosa fatal, de la charca fangosa...*». También puede ser la plegaria de Jesús y de todo seguidor de Jesús; es una plegaria de profunda confianza: «*¡Pero el Señor se cuida de mí*». Esta es la verdad que está más allá de todas las dificultades.

Hbr. 12, 1-4: «Corramos la carrera que nos toca, sin retirarnos»

En la lectura anterior Jeremías perseguido es una profecía viviente de Jesús, que, como enseña la Carta a los Hebreos, también fue perseguido hasta la muerte por la oposición de los pecadores. Esta gente no podía soportar su mensaje de verdad y justicia.

La Carta a los Hebreos nos presenta la vida cristiana en su aspecto dinámico y batallador. El Domingo pasado nos ofrecía el ejemplo de unos cuantos personajes que habían mantenido su fe de modo ejemplar, a pesar de las grandes dificultades y pruebas que habían sufrido. Ahora nos ofrece una exhortación a la *constancia* y a la *perseverancia* en la fe a pesar de los obstáculos a los que haya que enfrentarse.

Al releer la *Historia de la Salvación*, el Autor sagrado nos afirma que «*una nube ingente de mártires nos rodea*»: todos aquellos que por la fe dieron realidad al proyecto de Dios en el tiempo de la primera alianza. Como ellos, y con mayor razón, «*corramos, los ojos fijos en Jesús, iniciador de la fe y el que la lleva a su cumplimiento*». No realizamos nuestros proyectos sino los de Dios, y su enviado Jesucristo.

Al final del himno de la fe, el autor da los motivos para *permanecer fieles* en el compromiso cristiano: Primero, el *ejemplo de los testigos* que ha recordado, sacados de la historia del Pueblo y que pareciera que siguen actuando junto a nosotros.

El segundo motivo es, el mismo *ejemplo de Jesús*, que ha llegado hasta el trono de Dios, ha iniciado nuestra fe y debemos seguirlo, quitando lo que nos estorba y el pecado que nos ata.

Por eso, hay que poner los ojos en la fuente de nuestra fortaleza, que es Jesús, el «*pionero de la fe*». También a Él le resultó difícil realizar su carrera. Pero Dios le dio fuerza para seguir hasta el final, hasta la muerte. Y a nosotros no se nos pide tanto. Este mensaje de la Carta a los Hebreos nos advierte que el *sufrimiento* es parte integrante de nuestra preparación para realizar la «*carrera de nuestra fe*».





Lc. 12, 49-53: «No he venido a traer paz, sino división»

EVANGELIO DE JESUCRISTO SEGÚN SAN LUCAS

R/. Gloria a Ti, Señor.

Jesús ante su Pasión

⁴⁹ «He venido a arrojar *un fuego* sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya hubiera prendido! ⁵⁰ Con un *bautismo* tengo que ser bautizado y ¡*qué angustiado estoy hasta que se cumpla!*»

Jesús causa de disensión

||Mt 10:34–36.

⁵¹ «¿*Creen que estoy aquí para poner paz en la tierra? No, se lo aseguro, sino división.* ⁵² Porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos; tres contra dos, y dos contra tres; ⁵³ estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra».

Palabra del Señor.

R/. Gloria a Tí, Señor Jesús.

Re-leyamos la Palabra para interiorizarla:

A- Ubicación en el ciclo C

II. Seguir a Jesús: el camino hacia Jerusalén (Domingos 13-31)

1. Primera etapa del camino (Dgos. 13-20)

a) La Iglesia camina con Jesús... (Dgos. 13-15)

b) Bajo su palabra (Dgos. 16-20)

Dgo.16: Acoger la Palabra del Señor

Dgo.17: Una Palabra que enseña a orar

Dgo.18: Una Palabra que enseña a no absolutizar los bienes temporales.

Dgo.19: Una Palabra que llama a la Iglesia a una vida expectante.



Dgo.20: Una Palabra que pone en crisis a causa de, la misión profética de Jesús.



B- Contexto: Viaje a Jerusalén: Lc. 9,51 - 19,28

Conviene situar el fragmento de Lucas que leemos hoy -continuación del fragmento leído el Domingo anterior- como conclusión de esta primera etapa de las narraciones del camino. En efecto, después de las exhortaciones anteriores, surge de nuevo en primer término la misma persona de Jesús como profeta escatológico: *un profeta «de fuego»*, como Elías y del sufrimiento -sumergirse en la muerte- como todos los profetas.

Jesús continúa con su sabia pedagogía para ayudar al discípulo a comprender que la vocación que Él tiene como Mesías y Salvador, también involucra al discípulo. En el camino que Jesús recorre con sus discípulos hacia Jerusalén, nos va exponiendo las diversas actitudes sobre su misión y el seguimiento de los discípulos.

Así observamos en los evangelios de los Domingos anteriores sobre la codicia, los apegos, la vigilancia.. (Lc. 12) Seguir a Jesús implica que el discípulo tome una determinación sincera, tajante y total. Jesús no quiere medianías (cfr. Ap. 3, 14-15). Ante Él hay que decidirse.

El Reino de Dios, proyecto de Dios para experimentar la salvación, es lo más importante para el discípulo del Evangelio. ¡O se lo toma o se lo deja! Jesús anuncia con pasión el Reino de Dios. Es el ardor (fuego que calienta, fuerza iluminadora...) con que propone a sus seguidores asumir su vocación de entrega, de «quemar las naves», de aceptar como lo más importante, con santa obsesión y entrega, el proyecto de Dios, que Él ha asumido totalmente.

C- Comentario:

En el pasaje del evangelio de san Lucas, que la Liturgia de la Iglesia nos presenta en este 20º Domingo del Tiempo Ordinario, hay algunas palabras claves: *Fuego, bautismo, paz, división*. Para los discípulos algunas de estas palabras parecen nuevas y encierran incluso posiciones inesperadas de Cristo. También encontramos frases que nos comprometen y alientan nuestra vida para seguir creciendo desde nuestra realidad de bautizados.

v. 49: «He venido a arrojar un **fuego** sobre la tierra»

Muchas veces, en el evangelio de Lucas, Jesús es implícitamente comparado con el profeta *Elías*. De este profeta se dice que era un «*profeta de fuego*», aludiendo a la escena de la «*montaña del Carmelo*», cuando imploró el fuego del cielo para confundir a los profetas de Baal. *Jesús* se presenta también como un profeta que trae fuego a la tierra.

¿Qué sentido tiene esta expresión? Es una imagen del *juicio de Dios*, a la luz del cual *todo se purifica*, como el fuego lo purifica todo.





Deja entrever el misterio de su origen divino cuando afirma que ha venido con una misión. Tras él está el Padre Dios. El *fuego* es un signo muy dicente. Es fundamental para la vida del mundo. Sin él el frío acabaría con todo. Benéfico y también nocivo, destruye, ilumina, calienta.

En la Biblia va muy unido a las *teofanías*, manifestaciones divinas al hombre (**Ex. 19, 16**; **1Re. 19, 12**). Jesús ha ofrecido un bautismo en el fuego y el día de Pentecostés se hizo presente a través de lo que los Hechos de los Apóstoles llaman: *lenguas de fuego* (**Hch. 2, 3**). Así se presentaba la *venida del Espíritu Santo sobre la Iglesia*.

Para Jesús ese fuego con el que él desea incendiar el mundo entero es la *Buena Noticia*, el Evangelio que él proclama y el Espíritu Santo que entrega a la Iglesia desde el instante de su muerte (**Jn 19, 30**). *Su Palabra* creadora y eficaz es un *fuego* que destruye y purifica, es también un fuego que ilumina y disipa toda oscuridad, y es una *luz* que calienta el corazón del hombre.

Los discípulos de Emaús sintieron que su Palabra les incendiaba el corazón. (**Lc. 14, 32**). El mismo Espíritu Santo prometido y dado en la Pascua hace que el evangelio cumpla esa triple misión. El evangelio no es sólo una palabra amable y suave sino una quemazón que *abrasa* el corazón del hombre y lo *transfigura*.

El fuego que Jesús ofrece, su evangelio y su Espíritu, el bautismo que él anuncia, su muerte salvadora, son un ofrecimiento fundamental al hombre de todos los tiempos. Unos dirán un *sí* categórico a través de una fe vivida en intensidad, otros dirán un *no* comprometido, expresión de la libertad con que Dios crea al hombre.

v. 50: «Con un *bautismo* tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!».

Cuando Santiago y Juan le piden que los tenga en cuenta en el esplendor de ese Reino que ellos soñaban, él les ofrece en cambio «*ser bautizados con su propio bautismo*» (**Mc. 10, 39**). El contexto de esas palabras es el *anuncio de su pasión*. Y no es un pasar por encima sino un *sumergirse* en ella, como es el sentido original del «bautismo»: *inmersión total* en el agua.

Dos imágenes contrapuestas: el «*Fuego*» y el «*Agua*». Jesús compara su venida a la tierra como un fuego que se expande a toda velocidad por un campo semiárido. El «*Agua*» señala los efectos sobre la misma persona de Jesús. Su misión tiene consecuencias sobre su misma persona. Jesús será *sumergido* en las aguas profundas -un *bautismo*- de la muerte (cfr. **Sal. 69,2-3.14-15**; **88,8.18**). De esta forma se refiere a su pasión.

Jesús revela sus sentimientos: un anhelo profundo de que llegue *la hora* de su entrega por la salvación del mundo. Una relación estrecha une estas palabras sobre el *bautismo* con las del *fuego*. Para que ese *fuego* que trae Jesús y que debe incendiar el





mundo realice su obra purificadora y salvadora debe él pasar por su pasión y su muerte, sumergirse en ellas. Dice san Lucas: «**Él los va a bautizar con Espíritu Santo y fuego**» (Lc. 3, 16). Su fuego y su bautismo deben alcanzar en lo hondo de su ser a los que son en verdad sus discípulos.

v. 51:

Jesús nos pide una decisión ante estas palabras. Y esa opción es ineludible, lo quiera el hombre o no. En ella se juega su *suerte final*. Desde ese llamado debemos entender las palabras que siguen: «*¿Creen que estoy aquí para poner paz en la tierra? No, se lo aseguro, sino división*».

El hombre busca la paz, pero *¿qué paz?* ¿La paz del «no me molestes»? ¿la paz de «no nos creernos problemas»? ¿la paz de «todo va bien»? ¿la paz sin combatir la corrupción?, ¿una paz superficial?; ¿la «paz» del escandalosamente exagerado salario de los congresistas frente al miserable salario de los obreros?... Esta es la paz terrena. Jesús ha venido a traernos la *paz verdadera*, la *plenitud de los dones de Dios*. Esta paz no se llama ya paz, sino que en cuanto que va contra la paz aparente, se llama a los ojos del mundo «*división*». Se puede decir mejor que la paz de Cristo *elige* y *en cuanto que elige*, «*discrimina*», como un imán que en un campo magnético atrae a sí los elementos de la misma «naturalez», pero que no realiza ninguna atracción en los que no son de la misma naturaleza.

La «paz» de que habla Jesús aquí no es la paz mesiánica que anunciaron los ángeles en su nacimiento (cfr. Lc. 2,14), ni la paz que dio el día de su resurrección a sus discípulos (cfr. Jn. 20, 19). Esa es el mundo nuevo que se abre en la encarnación y la resurrección. Aquí se trata de la *concordia* y el *entendimiento* que debe haber entre los hombres pero que no puede lograrse con el sacrificio de los valores fundamentales de la fe. Pero saber escoger conduce a esa otra paz que encierra *felicidad* y *realización*.

Dice también Jesús que trae «*división*», es decir, *juicio*, porque todos han de tomar postura ante Cristo. Y no todos la toman favorable.

Algunas personas están muy equivocadas al interpretar estas palabras como si Jesús abogara por la violencia, el conflicto y la división. El núcleo de su Evangelio integral es el amor, la unidad, la misericordia y la paz. Jesús no era un predicador conflictivo y sectario, sino *humilde de corazón* y *lleno de bondad*.

Para entender las afirmaciones anteriores, debemos hacerlo a la luz de su propio ejemplo y en el contexto de sus enseñanzas. En todo caso, esa es la única manera de interpretar el Evangelio; no por frases aisladas fuera de contexto

El que envió a los apóstoles a proclamar la «paz» escatológica y mesiánica (¡recuérdese el domingo 14^o!), ahora niega que traiga la paz a la tierra. La antítesis





recuerda la de **Jn 14,27**: «*Mi paz les dejo, mi paz les doy, no como el mundo la da...*». Seguir a Jesús es entrar en un camino de sufrimientos y divisiones. El «*fuego*» y el «*bautismo*» hacen pensar también en el *Misterio Pascual* de Jesús: la *Muerte en cruz* y el *Don del Espíritu*. Es fácil pensar en Pentecostés y en el anuncio del Bautista: «*El los bautizará con Espíritu Santo y fuego*» (**Lc. 3,16**).

Jesús fue anunciado como «*signo de contradicción*» porque hace vivir a la gente *en consonancia* con su Evangelio o *en contraposición* con él.

v. 52:

¿Qué es lo que está diciendo Jesús en el evangelio que hemos proclamado? Está diciendo que la división y el conflicto aparecen, no porque su mensaje lo pretenda, sino por la *falta de disposición* de los pecadores y los ciegos de espíritu para aceptar la verdad. No es Jesús, no es la Iglesia quienes crean división, sino la reacción de algunas personas, grupos, y en nuestros días, tal vez, los medios de comunicación, que desinforman o dicen las verdades a medias.

v. 53:

Por todo esto, el Evangelio dividirá a los hombres, incluso dentro de una misma familia. Y ello, no porque entrañe un germen de lucha en sí mismo, sino porque *exige una fidelidad* que contrasta frontalmente con el proceder del mundo.

El Evangelio de Jesús no es belicoso, sino *sembrador de paz, de justicia, de fraternidad* por quien se compromete a *ser coherente* con él. Y esto no siempre es bien visto y compartido por todos.

Desde los primeros años de la Iglesia esa postura se ha dado incluso en el seno de las familias. Unos han creído, otros se han resistido a hacerlo. Cuando Jesús es presentado en el templo, Simeón decía a María: «*Este está puesto para que en Israel unos caigan y otros se levanten. Será una bandera discutida*» (**Lc. 2, 34**). Y en esa opción no es posible equivocarse. El criterio fundamental de ese *discernimiento* es *la persona de Jesús* que quiere ser *siempre primero* en el corazón del hombre. Toda otra consideración es secundaria.

La Palabra de Jesús provoca reacciones opuestas capaces de romper la unanimidad reinante en las diversas comunidades humanas. Jesús no se escapó de soportar el choque de este drama inevitable. Y como el mejor profeta, al proclamar una palabra, traía fuego. Fuego que colocaba las conciencias frente a su verdad profunda, así se vio alcanzado por la revuelta de las «*llamas*», y fue Él la primera víctima de su propio testimonio. Esa «*angustia*» que siente no es otra cosa que la «*impaciencia*», pues quiere ver cumplida su misión, que la obra se lleve a término. Jesús deja ver su gran humanidad, pues como predicador convencido, con ardor combativo se junta a la fragilidad del hombre cargado con





una misión de alta envergadura y enfrentado a un duro destino, el cual necesita asumir con altura de Hijo de Dios.

La Buena Noticia de Jesús era realmente una fuente de división, una «*señal de contradicción*» (Lc. 2,34) o como decía Jesús: «*Estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra*». Era lo que estaba ocurriendo, de hecho en las familias y en las comunidades: muchas divisiones, mucha discusión, como consecuencia del anuncio de la Buena Noticia entre los judíos de aquella época, unos aceptando, otros negando.

Lo mismo vale para el anuncio de la fraternidad como valor supremo de la convivencia humana. No todos concordaban con este anuncio, pues preferían mantener sus privilegios. Por esto, no tenían miedo de perseguir lo que anunciaban la fraternidad y el compartir. Esta es la división que surgía y que está en el origen de la pasión y de la muerte de Jesús. Era lo que estaba aconteciendo. Lo que pensaba la gente. Jesús quiere la unión de todos en la verdad (cf. Jn. 17,17-23).

Hasta hoy es así. Muchas veces, allí donde la Iglesia se renueva, el llamado de la Buena Noticia se vuelve una «señal de contradicción» y de división. Personas que durante años vivieron acomodadas en la rutina de su vida cristiana, y que ya no quieren ser incomodadas por las «innovaciones» del Vaticano II. Incomodadas por los cambios, usan toda su inteligencia para encontrar argumentos en defensa de sus opiniones y para condenar los cambios como contrarios a lo que ellas piensan ser la verdadera fe.

3. MEDITACIÓN: ¿QUÉ NOS DICE la PALABRA?

En el mundo... sin ser del mundo

La Iglesia tiene que estar *presente en el mundo, sin ser como el mundo*. Ella está en el mundo, pero no es del mundo. O bien, dicho al revés: ella tiene que ser *distinta* al mundo, pero *no tiene que estar ausente del mundo*. Esto es difícil, y de hecho, oscilamos constantemente de un polo a otro...

Durante un tiempo se insiste en la *apertura* al mundo, con el riesgo de perder la identidad; de tanto «*estar-con*», se corre el riesgo de «*ser-como*».

Ser profetas

El profeta jamás está de moda, más bien lucha contra corriente. Su mensaje no es reconocido como profético sino después de cierto número de años: cuando el péndulo oscila hacia el polo opuesto. Esto tiene que hacernos prudentes y circunspectos para con aquéllos que se autoconstituyen profetas y creen hacer actos proféticos.





En la historia de la Iglesia, *los grandes profetas jamás han «jugado» a profetas*. Vivían profundamente el Misterio de Cristo e insistían en el aspecto del Misterio que el pueblo tendía a olvidar. Creerse profeta pertenece a la ingenuidad o a la pretensión...

Hoy, los profetas quizás se encuentren entre los *contemplativos* que buscan nuevas formas de contemplación, testimonios de la gratuidad, que la sociedad no puede jamás rechazar, considerándolos inútiles e improductivos.

Los profetas, hoy, se encuentran quizás entre aquéllos que creen en el Reino de Dios y comprometen su existencia entera en este Absoluto... Quizás haya que descubrirlos entre aquéllos que viven simplemente, humildemente, la virginidad como signo del Reino que tiene que venir. Son profetas de un *valor* que el mundo tiende a considerar como *no-valor*.

Una competencia de alto rendimiento

La vida de fe es comparada a una *carrera de atletas* en el estadio. Para realizar bien la carrera es preciso despojarse del pecado que es el obstáculo fundamental. Por otra parte, en una competición de carreras, el estadio se encuentra lleno de gente, de espectadores y quienes participan en la carrera están bajo su mirada.

Así están los cristianos bajo la mirada de mucha gente que ofrecerán *la crítica o la aprobación, el aplauso o el silbido*. Por tanto, el cristiano, las Comunidades Cristianas, han de *actuar ejemplarmente* para dejar satisfecha a la muchedumbre que los contempla.

Es necesario reflexionar para ver cómo hacemos la carrera y cómo recibimos y ofrecemos el «testigo», el relevo, de la fe cristiana. *No resulta cómodo ni fácil* vivir cristianamente, como no le resultó cómodo a Jeremías cumplir su misión profética.

¿Qué podemos hacer esta semana para que el fuego que vino a traer Cristo sea más «ardiente»? Llevamos una «palabra». Puede ser un versículo o una frase del texto. Tratar de tenerla en cuenta y buscar un momento cada día para recordarla y tener un tiempo de oración donde volver a conversarla con el Señor.

4. ORACIÓN: ¿QUÉ LE DECIMOS NOSOTROS a DIOS?

Dios, Padre nuestro,
que nos has dado le gracia de creer,
concédenos valor para asumir la responsabilidad
de ser testigos creíbles de tu presencia
y de tu amor en el mundo,
a pesar de las luchas y contradicciones
que tengamos que afrontar.





Que en tu Iglesia no falten profetas que nos recuerden que el Evangelio es exigente y merece la pena vivirlo coherentemente.

Concédenos que tu verdad y tu amor estén presentes en todos los hombres, comprometidos con la creación de fraternidad y paz.

Que nosotros no tengamos miedo a manifestar nuestra fe, aunque lleve consigo resistencias y dificultades.

Que seamos obreros y obreras de la PAZ que no la da el mundo, sino que viene de Tí y nos compromete a combatir las fuerzas del mal, para implantar la justicia, la fraternidad y la solidaridad.

Que cumplamos «*con gran corazón y ánimo decidido*» nuestra misión profética en el mundo.

No permitas que se aparte de nosotros el deseo de comunión. E, incluso, allí donde a causa de tu nombre encontráramos oposición, resistencia, aversión, ¡haz que podamos entrar en la angustia de la división para mantener viva la llama del encuentro contigo!

Señor, sabemos que los valores del Reino no son aceptados por toda la gente. Ayúdanos a ser solidarios(as), a trabajar por la justicia, a buscar la paz, a construir fraternidad y así alimentar con nuestras palabras, gestos y actitudes, el fuego de tu misión.

Amén.

5. CONTEMPLACIÓN - ACCIÓN : ¿A QUÉ NOS COMPROMETE la PALABRA?

La vida cristiana no es un adorno que podemos llevamos externamente a lo largo de nuestros días, sino la razón imprescindible de nuestra presencia en el mundo. Es el criterio fundamental con el que debemos juzgar la autenticidad y verdad de nuestra existencia.





Todo lo demás es pasajero. Jesús nos invita hoy a decidarnos por él y por su misión salvadora. El es el fuego que puede dar vida al mundo, iluminarlo y calentarlo con la presencia divina. Sin él la vida es oscuridad y frialdad de muerte. Hemos entrado en esa misión de Jesús por nuestro bautismo que ha sido de **Espíritu y de fuego**. En el mundo de hoy debemos hacer que el fuego de Cristo y su Espíritu sean una realidad de vida en el mundo en que vivimos.

Relación con la Eucaristía

La Iglesia es profética cuando celebra la Eucaristía, *anunciando la muerte de Cristo* (victoria sobre el pecado, siempre real), *proclamando su resurrección* (victoria sobre la muerte que nos amenaza), *esperando su retorno glorioso*, contra toda esperanza humana.

Uno de los argumentos del episcopado alemán para potenciar el «Gloria» en la Misa Dominical, cuando se hizo la reforma conciliar, fue el recuerdo de la *fuerza profética* que tenía, para ellos, cantarlo en plena dominación nazi. Frente al «¡Heil Hitler!», la Iglesia profética cantaba «*porque SOLO TU eres santo, SOLO TU Señor, SOLO TU altísimo, Jesucristo!*».

La Eucaristía celebra la victoria sobre la división y el odio; aunque pecadores y divididos, esta situación no será la definitiva. Participamos de su victoria por nuestra penitencia y disposición a seguir los caminos de Jesús *sin «cansarnos y perder el ánimo»* (2ª. lectura).

Algunas preguntas para pensar durante la semana:

1. Tomemos un hecho de nuestra situación nacional actual en que la Iglesia se hizo controvertible: ¿Por qué es así?
2. ¿Cómo pueden ser evitadas las divisiones familiares, que vienen por razones religiosas o políticas?
3. ¿Cómo reaccionamos ante los conflictos que vivimos por la causa del evangelio?
4. La paz interior, ¿será una huida a la intimidad, o la aceptación de la realidad con el coraje necesario?
5. ¿Cabe la reconciliación en un mundo dividido por clases sociales?

Carlos Pabón Cárdenas, CJM

